

Guacamayas: la tradición que se niega a desaparecer

Por: Mariana Delgado Barón

Rodeado por las montañas andinas de la cordillera oriental, este pueblo del norte de Boyacá preserva uno de los oficios artesanales más reconocidos en el país, la cestería en rollo de fique con alma de paja. Las primeras artesanías con denominación de origen en Colombia son el reflejo de un legado que aún se transmite de generación en generación. La economía del pueblo depende en gran parte de la venta de artesanías, el gran reto de la comercialización de estos objetos es permanecer en un mercado cada vez más saturado.

Puntada firme, manos fuertes, visión aguda, capacidad de concentración, una forma de meditación, de gastar el tiempo, de no pensar, de no preocuparse. Saber mezclar los colores, mezclarlos todos, armar un arcoíris, una bandera, dibujar figuras, colorear triángulos o pirámides, poner una flor por aquí y un rombo por allá, jugar con las formas. Contar historias detrás de una espiral, pensar que cada objeto nos cuenta algo. El inicio fue algo compacto, apretado, siempre lo ha sido, a veces lo más difícil. Sin un buen inicio se puede fracasar y toca volver a comenzar.

No hacen falta manos delicadas con dedos finos para tejer un delgado rollo de paja, las manos fuertes, potentes y decididas también originan piezas de arte. La vista se cansa, los niños demandan, la tierra también espera. Es un oficio más, uno muy noble, uno que les recuerda a hombres, mujeres, niños y ancianos que hay comunidad, y que esa comunión nace, se reproduce y sigue existiendo al compartir un legado.

Las montañas de la cordillera oriental que rodean a este pequeño municipio han sido testigos naturales de la historia de este pueblo que hoy respira paz. Por esas lomas, caminos reales, veredas y carreteras transitaban tropas de las guerrillas del Ejército de Liberación Nacional (ELN) y de las desmovilizadas Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Décadas atrás que suman más de un Siglo, este fue un territorio que padeció la guerra de los Mil Días, la violencia liberal de los años treinta y la revancha conservadora en las décadas de los cuarenta y cincuenta. Los más viejos, que ya son pocos, aún recuerdan los horrores del pasado. Pero ahora esta es la tierra de la espiral, del tejido en arco, de las manos que tejen y siembran.

Cada puntada es una reafirmación de la identidad, cada puntada es un paso que se apega a estas tierras, a la inmensidad de estas montañas. Guacamayas, llamada así por el río Guacamayo que rebautizaron Nevado. Guacamayas, nombre de ave con plumas de arcoíris, tierra de indios Lache.

Dora Lizarazo reconoce que su destino pudo haber sido otro. Su papá “la salvó” de ser reclutada a los trece años por la guerrilla del ELN que rondaba en la región. Pero en lugar de empuñar un fusil, las manos de Dora crean objetos que toman forma de vasijas, cestos, canastos y bandejas.

Incrustado en las montañas de los Andes, al municipio de Guacamayas, Boyacá, se llega saliendo de Bogotá después de nueve horas de travesía por la misma carretera que conduce al más conocido pueblo de El Cocuy, una de las puertas de entrada al nevado más extenso que tiene Colombia. La casa de Dora está en una loma un poco más arriba de la escuela de la vereda de Ritanga, que en sus mejores años recibió a más de treinta niños y hoy sólo alberga a seis estudiantes.



El municipio de Guacamayas visto desde Litargón, en la vía que conduce a la vereda de El Chiveche. Foto: Mariana Delgado Barón.

Dora y su esposo, Fabio Zambrano, me reciben en el balcón de entrada de su vivienda, un espacio delimitado con varas de caña brava y piso de tierra que hace de sala de estar y que también funciona como patio de ropas en donde se ponen a secar las diferentes vestimentas. Desde allí se alcanzan a divisar algunos de los pueblos cercanos como El Espino, Panqueva y Güicán.

Dora tiene 28 años, la redonda cara enmarcada por el pelo castaño y ondulado le da un aire infantil. Esta madre de tres hijos aprendió a tejer la paja y el fique a los siete años. Su madre, ya fallecida, le enseñó el oficio. “Cada vez que tejo, me conecto con mi madre”, me cuenta con cierta nostalgia.

Ella es una de los más de trescientos habitantes del municipio que tejen la cestería en rollo de fique. El oficio se ha transmitido de generación en generación y aún existen familias enteras dedicadas a esta misión: preservar la tradición. Este sello de identidad está impregnado en las fachadas de las casas que bordean la plaza central, las cuales han sido decoradas con murales que aluden a este oficio para recordarle al viajero que este es un pueblo de artesanos.



La actual administración municipal pintó las fachadas de las casas que bordean la plaza principal con motivos que aluden al oficio artesanal. La mayoría de las casas del casco urbano de Guacamayas conservan sus tradicionales colores en las fachadas: blanco para las paredes y verde para puertas y ventanas. Fotografía: Mariana Delgado Barón, abril de 2017.

Mientras observo las manos cuidadas y delicadas de Dora, me dice con voz firme: “imaginarme la vida sin la artesanía es difícil”. Este oficio hace parte de su quehacer cotidiano. Aún cuando está trabajando en la administración municipal, diariamente coge aguja y fique para tener una entrada económica adicional que le permite cubrir algunos gastos. Los diez mil pesos que recibe por una portacazuela ayudan para pagar servicios o para comprar algo de mercado como víveres básicos: panela, café, arroz y sal.

También hay en ella un sentido de compromiso por preservar una tradición, un legado y la principal herencia que recibió de su madre. “La tradición no se puede perder”, me dice con una voz suave mientras carga en su regazo al menor de sus hijos, de solo dos años. El mayor de ellos, de nueve años, ya conoce lo que sus propias manos pueden crear con los materiales que le brinda la naturaleza.



Dora Lizarazo con su hijo menor. El mayor de sus hijos practica el oficio elaborando la parte inicial de algunos de los cestos que teje su madre. Fabio, el padre de familia y músico de profesión, también aprendió de Dora esta técnica de cestería, ella como esposa orgullosa comenta entre risas que “el alumno ya superó al maestro”. Guacamayas, vereda Ritanga. Abril de 2017. Foto: Mariana Delgado Barón

Dora tardó seis meses en aprender con destreza la técnica. Hoy, veinte años después de practicarla, alcanza a elaborar en una jornada cinco dulceras o dos portacazuelas. La práctica hace al maestro, el perfeccionamiento del tejido requiere de constancia y dedicación. Como buena hija de su madre, una de las primeras artesanas en recuperar la técnica, la puntada de Dora es firme y pulida, ese es su sello.

Paja y fique son la materia prima necesaria para elaborar estos objetos que son un referente de las artesanías de Colombia desde 1991, cuando se comenzaron a exhibir y comercializar en Expoartesanías, la feria artesanal más importante de América Latina. En ese entonces y en las décadas anteriores, el fique abundaba en el pueblo, por los caminos veredales y por los potreros crecía de forma silvestre. En la actualidad, quienes lo comercializan lo traen desde el Cauca y Santander.

La paja es escasa. Para obtener la paja lisa, la más idónea para moldear los objetos artesanales, aquellos que la venden tienen que ir monte arriba, casi páramo, para poder conseguirla. Su jornada comienza a las tres o cuatro de la mañana y termina a las ocho de la noche cuando regresan con el cargamento del preciado material. Un bulto de paja lisa puede llegar a costar setenta mil pesos, el de paja crespa se consigue por cincuenta mil.



El comienzo de una pieza artesanal. El fique empleado para darle vida a estos objetos es vendido por los comercializadores a los artesanos. Un bulto de fique cuesta catorce mil pesos, la mitad de esta cifra es financiada por la alcaldía municipal. Guacamayas, abril de 2017. Foto: Mariana Delgado Barón

Dora siente un gran orgullo por ser una portadora y transmisora de esta tradición. Su sonrisa se expande cuando reconoce la importancia de hacer parte de una comunidad artesanal pionera en la denominación de origen de este tipo de objetos en el país. Como explica Gabriela Corradine, de la Oficina de Planeación de Artesanías de Colombia, “la denominación de origen da la garantía a los compradores de estas piezas de que el producto fue hecho en el sitio de donde se dice que es, que responde a unas características que avalan esa denominación, y además posee una identidad propia de esa región”. La denominación de origen le agrega un valor cultural a cada una de las piezas que portan este sello.

La artesanía: un oficio más

Los caminos, que han conducido a hombres, mujeres y niños a la artesanía, pasan por padres, madres, vecinos y allegados que quisieron compartir su conocimiento y así extenderlo por el pueblo. Este oficio también se combina con otras labores que implica la vida en el campo. “Hay que ver por los animalitos, ahora estamos preparando la tierra para sembrar”, me cuenta Hermelina Bustacara cuando le pregunto cuánto tiempo en el día puede dedicarle a las artesanías.

Esta mujer de 55 años, con la piel surcada por las arrugas y una cabellera adornada con mechones de canas aprendió a “echar aguja” por una comadre. Al comienzo no le gustaba, pero una vez casada y con hijos se sintió comprometida con esta forma alterna de ingresos. “A mí no me rendía, mientras mi esposo se levantaba a las 4:30 de la madrugada a hacer el tinto y la sopa, yo me levantaba a echar aguja, nos sentábamos en la cocina. En la noche cuando los niños se iban a dormir, él y yo seguíamos tejiendo hasta las 9:00- 9:30 de la noche en la cocina, y así le agarra uno amor al trabajo”.



Hermelina Bustacara comparte sus vivencias, desde el nacimiento de tres de sus cuatro hijos en esa misma casa, hasta los aciagos días de violencia en los que recibía amenazas de la guerrilla del E.L.N. Aun cuando recuerda esos tiempos en donde la ley y el orden lo imponían los “muchachos” o los “elenos” (como comúnmente se nombraba a los guerrilleros) baja la voz y entre susurros me dice lo difíciles que fueron esos días. Vereda El Chiveche. Abril 2017. Fotografía: Mariana Delgado Barón

Los cuatro hijos de Hermelina aprendieron a tejer la cestería en rollo. Mientras ella me habla de sus partos, su hija menor, de 15 años, piel trigueña y una mirada color miel, se une a la conversación. Lina Fuentes va armando lo que parece ser un individual: con absoluta destreza y sin quitar la mirada de la obra, va combinando fibras rojas, verdes y azules que le dan a la pieza artesanal su colorido característico. El dinero que Lina recibe por cada pieza terminada lo destina para comprar sus onces en el colegio.

Tres de los hijos de Hermelina nacieron en esa misma casa en la que ella también nació y se crió. La casa que habita esta chivechana, el gentilicio con que se conoce a los habitantes de la vereda de El Chiveche, es la típica estampa de la casa campesina boyacense. A esta herencia paterna la siguen sosteniendo los muros de tapia pisada cubiertos por tejas de barro. La oscura pero cálida cocina, en donde se comparten las historias del día a día, aún alberga una antigua estufa de leña en la que Hermelina y su esposo siguen preparando las diferentes comidas diarias.

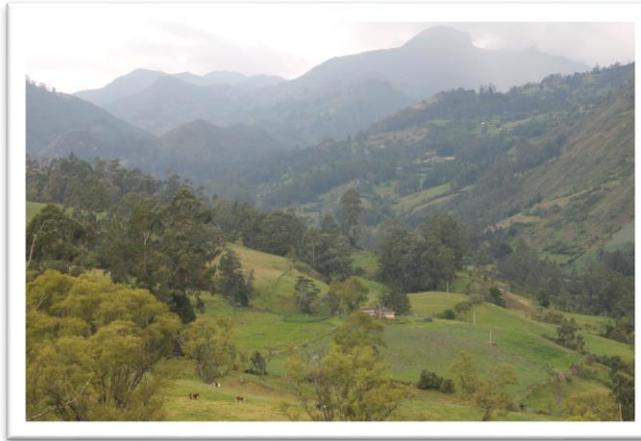
Esta mujer, que también conoce los oficios de la tierra, reemplazó la máquina de coser por sus manos. Se inauguró como artesana tejiendo unos individuales que hizo en compañía de una de sus comadres. Con el cacareo de las gallinas como fondo, me comenta que la mayoría de los artesanos trabaja sobre pedido. Hace poco tuvo que entregar cinco centros de mesa, por cada uno recibió treinta y cinco mil pesos.



Hermelina siente gran felicidad cada vez que termina uno de estos objetos. “Si uno en la semana no hizo ninguna artesanía, uno se siente triste porque ¿con qué fue a mercar?”. En relación con el precio de cada una de estas artesanías, Gabriela Corradine afirma que estos productos “se encuentran inmersos en una economía de mercado en donde es difícil que un objeto tan elaborado, que demanda tanto tiempo en su fabricación, sea retribuido de una forma justa”.

Sólo las dos hijas de Hermelina continúan tejiendo, sus dos muchachos, que ya no viven en el pueblo, prefirieron migrar a otras ciudades, como Bogotá y Tunja, y dedicarse a otros quehaceres como la metalmecánica. Como tantos otros jóvenes guacamayeros, los hijos de Hermelina decidieron salir del pueblo en

búsqueda de otras oportunidades que allí no encontraron.



Panorámica desde La vereda El Chiveche, la más grande del municipio, también territorio controlado por el ELN. Por ésta y otras veredas de Guacamayas imperó el toque de queda, impuesto por la insurgencia, a finales de los años noventa y comienzos del presente siglo. Con la llegada de Álvaro Uribe Vélez a la presidencia se activó en 2003 el Batallón de alta montaña General Santos Gutiérrez para contrarrestar el avance de las guerrillas de las FARC y del ELN por la región. Foto: Mariana Delgado Barón, abril de 2017.

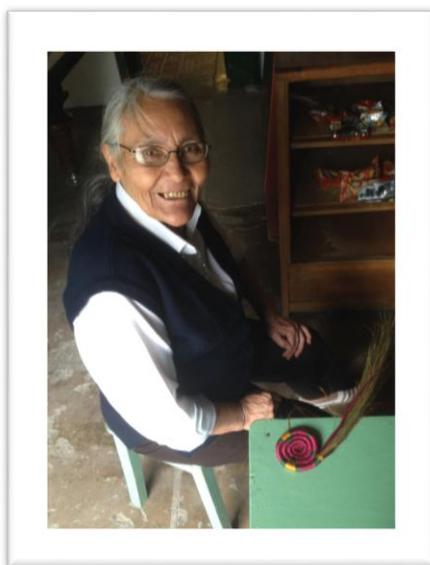
La economía del pueblo se mueve en torno a la cestería en rollo, de ella dependen muchas bocas para alimentar y subsistir. Las ventas están en gran parte condicionadas al turismo que gira alrededor de la Sierra Nevada de El Cocuy y Güicán, pueblos cercanos a Guacamayas. Sin turismo, prácticamente no se venden artesanías. Toda la economía de los pueblos vecinos y cercanos al parque nacional natural de El Cocuy se mueve alrededor de los turistas. Si se cierra el parque, disminuyen en gran parte los ingresos económicos en toda esta región del Norte y de Gutiérrez.

La cooperativa de artesanos, constituida formalmente en 1985, a la que pertenece Hermelina, es uno de los cuatro grupos que congregan a la comunidad artesanal del municipio y sus veredas. Las tensiones y divisiones entre estos cuatro grupos no han facilitado que se genere un liderazgo que pueda beneficiar a todos los artesanos. Artesanías de Colombia lleva trabajando desde finales de los años setenta en el municipio y ha acompañado a la comunidad artesanal en varios frentes: asesoría de materias primas, producción, diseño, comercialización, y formación y desarrollo empresarial. Sin embargo, son numerosos los retos de acompañar a una comunidad que se encuentra dispersa en el territorio, que es de naturaleza rural y que en gran parte posee un bajo nivel de escolaridad.

La maestra artesana

El título de maestra o maestro artesano lo concede Artesanías de Colombia a aquellos hombres y mujeres que se han dedicado más de treinta años a oficios artesanales propios de una comunidad. El maestro artesano se reconoce por el dominio técnico, y la innovación y creación que imprimen una calidad al producto que elabora. La maestría del artesano también se evidencia en los aprendices a los que ha transmitido parte de su saber y en el reconocimiento del que goza en su comunidad.

La señora Elvira Gómez aún continúa ejerciendo con orgullo el oficio que aprendió de su padre, uno de los primeros guacamayeros en elaborar estos recipientes. Doña Elvira es una de las maestras artesanas que también carga con orgullo la tradición que viene de sus padres. “Mi papá trató de enseñarles a los muchachos de la escuela a hacer mochilas, pero eso no se pudo. En la casa mi papá sacaba fique, hacía suelas, mi mamá hacía capelladas (la horma de las alpargates de fique)”.



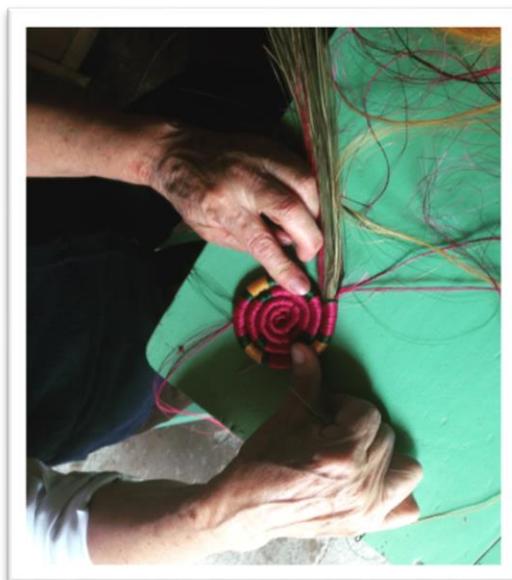
Elvira Gómez vive en la casa que compró junto con su difunto esposo. El oficio como artesana lo combina con una tienda en la que vende algunos productos de la canasta básica como panela, café y arroz, y en donde aloja una mesa de billar para quienes gustan de ese deporte. La maestra artesana destina sus mañanas a tejer la cestería en rollo. Guacamayas, abril de 2017. Foto: Mariana Delgado Barón.

El título de maestra artesana se lo ganó a pulso y con “berraquera” en 2014. Junto con otras mujeres y hombres, veinte en total, por invitación de la señora Helga Mora, oriunda del municipio y arquitecta de profesión, se dieron a la tarea de rescatar y mejorar el oficio. La “doctora” Helga, como aún le dice Doña Elvira, fue quien impulsó la recuperación de la cestería en rollo y paja y otras técnicas artesanales como el telar de arco con el que se tejían bolsas de lana en los años sesenta. Este pequeño grupo de pioneros estuvo conformado “por hilanderas de lana de oveja, tejedores de este mismo material, tanto en telar horizontal como vertical, carpinteros, ebanistas, alpargateros, tejedoras de capelladas, y algunos muchachos que habían hecho “*pesos*” (balanzas como la de la Justicia) y canasticas de fique en la escuela como obras manuales”, como lo menciona la señora Mora.

Doña Elvira me cuenta con una voz que por ratos se ahoga a raíz de sus pulmones débiles que su padre hacía estas mismas artesanías. Estos objetos se tejían usando colores crudos o con tintes naturales que se obtenían de algunas plantas o semillas como garrocho, curtidera, pepas de tinto o la bellota de plátano. En su casa paterna se empleaban estas vasijas para el servicio y para almacenar granos como arvejas, habas y maíz.

A sus 73 años domina varias técnicas artesanales, una de ellas es el tejido en telar de arco en el que se hacen bolsas de lana. No es común encontrar por el pueblo personas que aún empleen estos telares o que dominen esta técnica. Las bolsas de lana que doña Elvira vendía por docenas son un raro objeto que ya no se consigue. Así como los faldones de lana y los sombreros de paja. El telar de arco representa una técnica artesanal en peligro de extinción.

Al igual que Hermelina, Elvira también pertenece a la cooperativa de artesanos. Su hija, Omaira Manrique, es la representante legal de la cooperativa de artesanos, Crearcoop. Esta robusta mujer me asegura que con la cooperativa “empezó a trabajar todo el mundo”, fue como una gracia divina que se les apareció en el camino. A pesar de su edad y de su visión cansada, esta maestra demuestra que aún sus manos arman con gracia espirales de diversos colores que se transforman en vistosos jarrones que llevan su firma y sello, “por la puntada se conoce al artesano”.



A las manos artesanas de doña Elvira lo único que les faltó fue “echar azadón”, como ella misma lo comenta.

La vida para esta mujer trabajadora no ha sido fácil, a las limitaciones materiales se sumó una larga enfermedad de su esposo que se prolongó por más de diez años. Para esta mujer que carga en su columna más de siete décadas, el oficio artesanal que ejerce con tanta gracia, fue un cambio de vida. Guacamayas, abril de 2017. Foto: Mariana Delgado Barón.

Un oficio en riesgo

La técnica de la cestería en rollo se ha perfeccionado, y en la actualidad estos objetos gozan de un valor cultural que los ha posicionado en el mercado nacional. Sin embargo, la misma economía de mercado impone serios desafíos a los productos artesanales que compiten con objetos industriales elaborados a bajo costo.

Las artesanías de Guacamayas son objetos pesados, según la señora Corradine, y esto tiende a dificultar su comercialización en otras latitudes. Dependiendo de su tamaño, su peso puede oscilar entre 350 y 450 gramos, para los objetos más comunes como los fruteros o individuales. Los objetos más grandes como los jarrones o los contenedores pueden llegar a pesar más de un kilo. Desde Artesanías de Colombia se buscó, en la década pasada, reemplazar el alma de paja por materiales más livianos como cabuya e incluso manguera. Estas propuestas no funcionaron. El resultado fue positivo porque se mantuvieron los materiales originales y esto contribuyó a la denominación de origen, pero también fue negativo porque continúan siendo objetos pesados que dificultan su comercialización en otros espacios ajenos a las ferias artesanales.

El asunto de la comercialización no es un problema menor. Francisco Silva, artesano, quien tiene su propia marca, Frasilgo, y quien además comercializa los objetos de los artesanos que deciden venderle, asegura que el mercado de las artesanías se encuentra estancado. En las últimas cuatro ferias de Expoartesanías, en las que ha participado con un *stand* propio, ha identificado una disminución considerable de las ventas que oscila entre treinta y cuarenta por ciento. Uno de los cuartos de su casa sirve de bodega para almacenar las artesanías que

compra de contado a cada uno de los artesanos que acuden a él, no antes sin pasar por su propio filtro de calidad: revisar uno a uno los objetos, su puntada, la firmeza de los colores, la finura de la espiral. Para Francisco, en estos tiempos, la comercialización parece un negocio de alto riesgo: se invierte mucho pero no se sabe si ese dinero volverá a recuperarse.



Bodega de artesanías. Francisco Silva dejó el colegio a los 14 años para irse a trabajar la tierra, poco tiempo después se dio cuenta que el oficio artesanal que aprendió de su madre le garantizaba mejores ingresos. Desde ese entonces y por casi tres décadas Francisco escogió este oficio como un estilo de vida. Este artesano también ha apostado por una innovación en el producto, sus diseños de contenedores y grandes jarrones le han permitido conservar algunos clientes fijos a quienes vende por encargo.

Guacamayas, abril de 2017. Fotografía: Mariana Delgado Barón

Los esposos Alicia de Gómez y Víctor Gómez fueron los primeros guacamayeros que comenzaron a vender estos objetos en la década de los setenta. En su tienda de víveres y mientras repasa una a una las fotografías y los recortes de prensa en los que se ven las piezas artesanales elaboradas junto con su esposo, Alicia me cuenta preocupada que “el negocio está muy flojo”. Ella conoce de primera mano el trabajo detrás de cada una de las piezas artesanales, a este oficio dedicó varios años de su vida. Por sus ojos cansados dejó de tejer, sin embargo sigue comercializando las artesanías que otros tejen. “Hay muchísima gente trabajando las artesanías, la gente piensa que nosotros nos hicimos ricos comercializando”.

Para Omaira Manrique, algunos de los objetos artesanales de Guacamayas pueden considerarse objetos de lujo, en especial los más grandes como los jarrones o contenedores que pueden llegar a costar una cifra cercana a los quinientos mil pesos. Manrique también reconoce que en los últimos años se venden menos objetos en Expoartesanías.

En 2016 se vendieron diez millones de pesos menos que en el año anterior. Junto con esta disminución en las ventas, el año pasado la Gobernación de Boyacá decidió no financiar el

30 % del costo total de los stands. Fueron tres millones cuatrocientos mil pesos los que tuvo que poner la misma cooperativa para pagar un lugar en el cual exhibir las artesanías de sus asociados. Sin embargo, la representante legal de Crearcoop tiene una visión optimista y reconoce que estas grandes ferias artesanales son también escenarios propicios para conseguir nuevos clientes y para demostrar a los antiguos que las artesanías se sostienen, que siguen haciendo presencia en el mercado y que gozan de un estatus y un prestigio adicional gracias a la denominación de origen.

A pesar de estas dificultades, el orgullo de los artesanos sigue intacto. Frente a las escasas opciones laborales que existen en el pueblo, la elaboración de artesanías es una opción de vida para alrededor de 370 artesanos. El oficio artesanal le ha dado a esta comunidad una identidad como pueblo de artesanos, una herencia invaluable que nadie les puede quitar. “Es propio de nosotros, de nuestros abuelos, de nuestros papas”, proclama Hermelina mientras dirige su mirada a la inmensidad de la sierra.